

Die 9/12

INSTRUCCION. RECREO. MORALIDAD.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

VIAJE

HISTÓRICO, GEOGRÁFICO, CIENTÍFICO,
RECREATIVO Y PINTORESCO.
HISTORIA POPULAR DE ESPAÑA
EN SU PARTE GEOGRÁFICA, CIVIL Y POLÍTICA,
PUESTA AL ALCANCE DE TODAS LAS FORTUNAS
Y DE TODAS LAS INTELIGENCIAS.

VIAJE RECREATIVO Y PINTORESCO

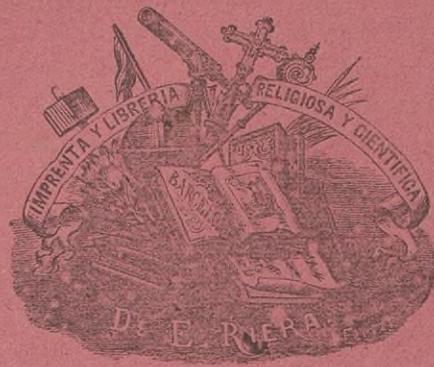
ABRAZANDO:
las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad,
establecimientos balnearios,
produccion, estadística, costumbres, etc.

OBRA ILUSTRADA
CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

REPRESENTANDO:
los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos.

Y ESCRITA
EN VIRTUD DE LOS DATOS ADQUIRIDOS EN LAS MISMAS LOCALIDADES

UNA SOCIEDAD DE LITERATOS.



BARCELONA:
IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERRA.
calle de Robador, n.º 24 y 26.
1872.

- Madrid.
- Toledo.
- Ciudad-Real
- Cuenca.
- Guadalajara
- Zaragoza.
- Huesca.
- Teruel.
- Barcelona.
- Tarragona.
- Lérida.
- Gerona.
- Valencia.
- Alicante.
- Castellón.
- Murcia.
- Albacete.
- Córdoba.
- Jaén.
- Granada.
- Almería.
- Málaga.
- Sevilla.
- Cádiz.

- Huelva.
- Badajoz.
- Cáceres.
- León.
- Salamanca.
- Zamora.
- Oviedo.
- Burgos.
- Valladolid.
- Palencia.
- Ávila.
- Segovia.
- Soria.
- Logroño.
- Santander.
- Alava.
- Guisqueta.
- Vizcaya.
- Coruña.
- Lugo.
- Orense.
- Pontevedra.
- S. Sebastián.
- Navarra.

ISLA DE CUBA.

PUERTO-RICO.

FILIPINAS.

FERNANDO POO.

ISLAS CANARIAS.

L47
2938

Los vascones y los cántabros eran los pueblos mas belicosos siguiéndoles inmediatamente los célticos.

Los suritanos usaban para combatir unos escudos pequeños y cóncavos que escasamente podrian tener dos piés de diámetro, con los cuales paraban con suma destreza los golpes del contrario, pues eran sumamente ágiles. Estos escudos los llevaban colgados con unas correas.

Como armas ofensivas manejaban un cuchillo ó puñal de cortas dimensiones, dardos arrojadizos y unas lanzas cortas armadas de cobre (1).

La mayor parte de los pueblos que habitaban nuestro territorio, usaban grandes escudos que llamaban *pellas*, como arma defensiva; y como ofensivas, el dardo, la honda y la espada y lanza mas ó menos larga.

Los celíberos templaban el hierro dejándole enmohecer en la tierra, usando además como defensa para su cuerpo, unos capacetes de bronce adornados con plumas.

Llevaban una clase de espada corta, ancha y afilada extremadamente, pudiendo herir tanto por ambos cortes como por la punta y un puñal rayado y curvo, que manejaban perfectamente (2).

Los romanos, ó bien perfeccionaron algunas de estas armas, ó trajeron otras nuevas, especialmente en máquinas de batir y en armas defensivas.

Ya usaban cascos y corazas; ya aparecen las lanzas mas perfeccionadas, los escudos redondos ú ovalados con mejor trabajo; y las flechas, dardos, picas, venablos con las puntas triangulares, encorvadas ó rectas, servian para llevar el incendio á las poblaciones ó campos enemigos y la muerte á las filas de estos.

A los arcos sencillos constituidos por una vara de madera encorvada por medio de una cuerda tirante sujeta á sus dos extremos, sucedió la ballesta que la formaba un arco fijo á una caja de madera, perfeccionándose mas tarde con unas ruedas que servian, tanto para dar tension á la cuerda, cuanto para que fuera mas violento el arrojamiento de la flecha que de ella se lanzaba.

De las máquinas de guerra usadas por los romanos é introducidas en nuestro país con ellos, debo citarles la ballista, onagro ó polibolo, pues estos tres nombres tenia segun el uso para que se la destinaba.

Consistia en dos piés de madera fuertemente enclavados en una tarima de la misma materia, en medio de los cuales habia una madeja de crin ó de nervios de animales fija en los dos extremos del plano ó tarima, la cual estaba retenida por un palo. Cuando se la dejaba ir, impulsaba con una violencia extraordinaria el dardo colocado en la parte superior.

En esta misma madeja, solian poner en su extremo, una especie de cuchara de ma-

(1) Dice Strabon que los lusitanos eran tan diestros para preparar emboscadas como para evitar y descubrir las que pudieran tenderseles; ágiles y ligeros, verificaban sus evoluciones y movimientos militares, con extraordinaria soltura.

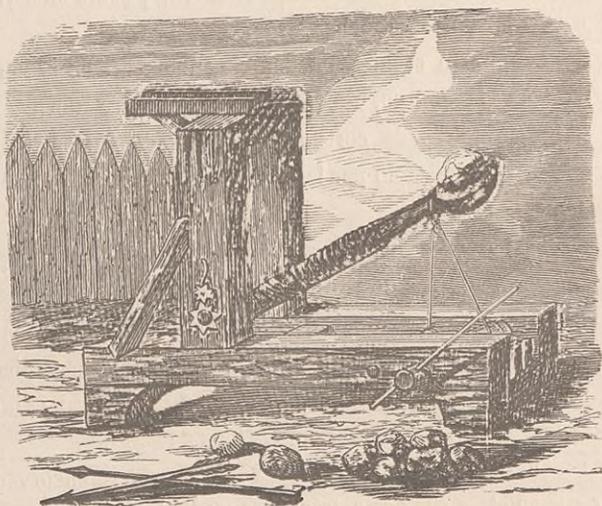
Peleaban indistintamente á caballo ó á pié, armados simplemente á la ligera ó con todas sus armas y aisladamente ó reunidos en numerosos cuerpos.

(2) Llamaban los historiadores á esta espada *xiphos*, y al puñal por llevarle colgado en el mismo lado que aquella, *paraxiphides*.

dera, en cuyo hueco se depositaba una piedra ó una masa de metal de gran peso, la que era arrojada á larga distancia al quitar la sujecion que tenia la madeja.

Cuando la máquina servia para los dos usos se llamaba polibolo; cuando estaba destinada para piedras solamente, onagro, y ballista, cuando su objeto era el de arrojar dardos solamente (1).

Tenian tambien la *catapulta* que les servia para arrojar mayor número de dardos y de mas gran tamaño y masas enormes de piedra, que se calcula podrian pesar quinientas ó seiscientas libras y que eran despedidas á mil varas de distancia.



Polibolo, ballista ú onagro.

El *escorpion* tambien tenia el mismo objeto, aun cuando tanto este como las *manibalistas*, eran mas manuales, pudiendo arrojar los dardos un solo hombre que impulsaba al arco de acero que los arrojaba.

Iba á continuar D. Cleto su relato, cuando el silbido de la locomotora les anunció que habian llegado á la estacion de Ateca. Entonces el anciano suspendiendo la narracion, dijo:

—En este sitio hago alto con mi descripcion de armas, pues vamos á ocuparnos de nuestra instalacion en Ateca. En otro rato trataremos de las armas para embestir, demoler y tomar plazas y de las usadas tanto para este, como para los demás objetos en la Edad media.

—Aseguro á V., que con tanto placer escuchaba su relacion, que casi me ha contrariado el llegar tan pronto á esta villa.

—Y á mí me ha sucedido lo mismo.

—Digamos á todos, y concluiremos mas pronto—repuso Azara.

(1) Nuestro grabado representa una de estas máquinas sirviendo para los dos objetos.

—Tiempo tendrémos para que se enteren Vds. si no con grandes detalles, al menos lo bastante para conocer el sistema y los medios de combatir empleados por los antiguos.

Y tras estas palabras descendieron los cinco viajeros del tren, y reunidos con sus criados se dirigieron hácia la inmediata villa.

V.

Llegada á Ateca.—Aspecto general de la poblacion.

—Ya estamos en Ateca,—exclamó Castro, al distinguir una masa como de ochocientas casas entre las que sobresalian una torre que de léjos ya demostraba pertenecer á una iglesia y otra cuyo destino era imposible precisar en aquel momento, pero que á la simple vista parecia estar sumamente inclinada hácia el O.

—Dí mas bien que no tardarémos en estar, pues aun no hemos llegado,—corrigió Sacanell.

—Eres endiabladamente rigorista, replicó aquel; ya se conoce en tu afan por la exactitud que eres catalan.

—Con efecto es condicion de todos mis paisanos.

—¿Á qué no habeis notado una cosa?—interrumpió Pravia á la sazón.

—¿Cuál?

—La inclinacion de esa torre que se halla cerca de aquel campanario.

—Es verdad que es extraordinaria.

—Parece que va á desplomarse.

—Yo por mí os confieso que no pasaré por su lado sin cierta aprension y despues de haber tomado algunas precauciones.

—No deben Vds. abrigar temor ninguno; la inclinacion de esa torre es debida como la de las de Zaragoza y Pina á un capricho de su constructor que quiso con ello dar una prueba de su habilidad.

—Y ¿á qué clase de edificio pertenece? porque supongo que no estará aislada.

—Ciertamente; pertenece á una especie de fuerte que se halla situado en sitio muy cercano á la iglesia parroquial, cuyo es ese campanario, como podrán Vds. ver ahora mismo pues ya hemos llegado.

Con efecto, al decir D. Cleto estas palabras trasponian los cinco viajeros las primeras casas de la villa de Ateca, perteneciente á la provincia, audiencia territorial y capitania general de Zaragoza, y á la diócesis de Tarazona, y cabeza del partido judicial de su mismo nombre.

Esta poblacion, que cuenta unas cuatro mil almas, está situada á orillas del Jalon cási en el punto de confluencia de este con el Piedra y el Manubles; el primero junto con el camino de calzada de Madrid á Zaragoza por el que vinieron nuestros amigos; la divide en dos partes desiguales, de las que la mejor es la mas pequeña colocada sobre una suave cuesta en la márgen derecha. La comunicacion entre un trozo y otro de

la villa se verifica por medio de un puente de cantería con tres arcos de gran extensión, bastante bueno.

Dentro ya de ella, pero en el camino, hay tres magníficas posadas de construcción moderna, en la primera de las cuales entraron D. Cleto y sus compañeros deseosos de tomar lo que necesitaban; descanso y alimento.

Pronto encontraron una cosa y otra, pues tanto aquel establecimiento como los dos restantes se hallan bastante bien montados y no escasean las comodidades para el que cuenta con recursos para proporcionárselas.

Un agradable refresco les libró del calor inherente á la estación y á la jornada, pues aunque Alhama solo dista de Ateca dos leguas y media, siempre en viaje hay menos recursos para librarse de los ardorosos rayos del sol; y apenas lo hubieron tomado, dirigieronse á sus respectivos lechos con ánimo de reposar hasta que fuera hora del almuerzo. Su cansancio no era á la verdad extraño si se atiende á que en Alhama no pudieron reposar lo suficiente y sobre todo que durante el tiempo que hacia habian salido de Madrid, apenas si habian cesado de ir de una parte á otra y una serie tal de viajes, aunque se hagan con la mayor suma de comodidades posible, siempre resiente algo la naturaleza y la predispone á la fatiga cuando la costumbre ó una organización vigorosa no la ha dispuesto á soportar grandes fatigas.

Tras algunas horas de sueño, un camarero entró á despertarles anunciándoles que tenían el almuerzo servido; con lo que libres ya del calor y del cansancio se dirigieron á deshacerse también de la tercera de las incomodidades que les aquejaban; el hambre.

—Y bien señores,—dijo D. Cleto una vez ya en la mesa,—¿se hallan Vds. con ánimos para que salgamos á dar una vuelta por la población?

—Yo por mi parte, sí, afirmó Azara.

—Y yo también.

—Y yo, contestaron los otros tres.

—En ese caso apenas terminemos el almuerzo un regular paseo nos ayudará á hacer la digestión.

—Como V. guste.

—Me parece que la villa no es mala.

—Efectivamente tiene buenos edificios; la iglesia, el hospital y la Casa consistorial, sobre todo, bien merecen ser vistas.

—Lo que no debe ser es muy sana; su extrema proximidad á tres ríos por fuerza ha de perjudicarla.

—Sin embargo, apenas si algunas tercianas demuestran la existencia de esa circunstancia; pues por lo demás su clima es muy sano, á causa de la gran ventilación de que disfruta.

—Creo que es extenso el partido judicial de que es cabeza.

—Bastante; abraza, si la memoria no me es infiel, ocho leguas de N. á S. y cerca de seis de E. á O. Por el N. confina con el de Borja; por el E. con el de Calatayud; por el S. con los de Daroca y Molina y por el O. con los de Almazán y Soria.

—Esos límites son los del partido judicial ¿no es cierto?—dijo Castro vacilante.

—Efectivamente; ¿V. desearia saber los del término de la villa?

—Sí; pero temia abusar de su bondad.

—Todo lo contrario; y en prueba de ello voy á satisfacer su curiosidad á bien poca costa.

Y sacando un papel del bolsillo se lo entregó al andaluz, quien leyó en él:

«—El término de Ateca confina al N. con el de Moros; al E. con el de Terrer; al S. con el de Baltores y Castejon de las Armas, y al O. con el de Bubberca.»

—Mil gracias, añadió despues de haberlo leído devolviéndoselo á D. Cleto.

—No hay de qué, y para que no les extrañe el que tuviera tan á mano este documento les manifestaré que habiéndome esta mañana despertado antes que Vds. me diqué á repasar mis apuntes referentes á Ateca, con el fin de poder como en otras ocasiones satisfacer su curiosidad.

—¡Y por nosotros se toma V. tantas molestias!

—¡Eh! no hablemos de ello y puesto que ya hemos terminado nuestra nutritiva tarea, vamos á ver si el juicio que forman Vds. de la poblacion, es ó no semejante al que yo hube de hacer al visitarla por primera vez.

Y regresando los cinco á su aposento en breve le abandonaron dirigiéndose á recorrer las calles de Ateca.

Son estas, en número de diez y seis ó diez y ocho, bastante regulares por lo general, si bien hay algunas que forman cuesta, y los edificios que las componen tienen dos y muchos tres pisos, poseyendo casi todos ellos bodegas dispuestas para recibir el vino, uno de los principales productos del país.

Cuenta además Ateca con cuatro plazas y dos plazuelas; de las primeras es notable la Mayor, que mide ochenta y dos pasos de largo y cincuenta de ancho, hallándose en su parte occidental la Casa consistorial, de magnífica apariencia y construccion robusta, que descansa en diez soportales de piedra labrada; al E. está limitada por el rio Manubles que va un poco mas léjos á confundirse con el Jalon, y en el centro existe una fuente con dos caños y abrevadero.

Al llegar á ella no pudo menos Azara de exclamar:

—Bonita es esta plaza, en verdad.

—Sí, es la mejor de la villa.

—La proximidad del rio, al paso que la embellece, debe hacerla muy húmeda.

—Supongo, — dijo Castro en ademan interrogativo—que á él pertenecerá el agua de esta fuente.

—No por cierto; causas que ignoro y que tal vez serán mala calidad de las aguas ó dificultad de aprovecharlas, hacen que no se empleen estas para el consumo del vecindario, y tanto esta fuente como otra que en el camino de Zaragoza hay, se surten por medio de arcaduces de dos manantiales poco distantes.

—Poca utilidad creo tambien que se podria sacar de este rio, pues su caudal es bien poco considerable.

—No haga V. caso de eso, Castro, por algo dice el refran: *Del agua mansa me libre Dios...*

—¿Tan temible es?

—El Manubles, amigo mio, ahí donde V. le ve tan pacífico é inofensivo al parecer, tiene bromas muy pesadas; sus avenidas causan estragos bastante considerables, y á fe que no me dejará mentir ese puente de madera que se ve aquí en frente, y que fue colocado en sustitucion de uno de piedra muy hermoso que destruyó una de aquellas.

Dejaron al fin la plaza y siguieron recorriendo varias calles hasta dar frente á la iglesia parroquial, colocada bajo la advocacion de Nuestra Señora de la Peana, cuya bella apariencia excitó en nuestros amigos el deseo de visitarla interiormente.

D. Cleto accedió á sus indicaciones y pocos momentos despues los cinco penetraban en el templo.

VI.

Edificios notables de la villa. — Instruccion pública y otras particularidades.

De muy remota fecha es la construccion de la iglesia parroquial de Ateca, cuya fábrica se compone de cantería en las paredes de la entrada, y de ladrillo en todo lo demás del edificio y en la torre, cuya primera mitad es de arquitectura árabe. El conjunto de la fábrica del edificio ofrece gran solidez y no carece de belleza su fachada.

Interiormente, en nada desmerece de su aspecto exterior; compónese el templo de una sola y espaciosa nave con sus capillas laterales, bastante regulares, entre las que descuella la en que se halla la imágen de Nuestra Señora de la Peana, que afirman piadosamente no pocos, fue hallada por un milagro; la advocacion con que se la distingue débese sin duda alguna á la forma del tabernáculo en que se encuentra situada, que efectivamente semeja una peana que se apoya en ocho columnas de jaspe. Todos los habitantes no solo de la villa sino tambien de los alrededores, profesan gran veneracion á esta imágen, y la hacen funciones y rogativas cuando alguna calamidad pública acontece, no dejando por esto de ir privadamente en gran número á demandarla consuelo á sus dolores ó remedio á sus necesidades.

El suelo de esta iglesia es muy notable, pues está tan bien afirmado y construido que carece de humedad por completo, lo que ha permitido conservar en muy buen estado varias momias de personas que en él habian sido enterradas, de las cuales una se ha reservado para mostrarla como un objeto curioso á los forasteros. Posee tambien esta iglesia un esqueleto engarzado en alambres que se coloca el dia de Ánimas en el centro de ella, y le dan el nombre, algunos, de la *muerte de Ateca*. El servicio del templo está á cargo de un capítulo compuesto de varios beneficiados y un sacristan; aquellos presentan á la aprobacion del vicario general de Calatayud, uno de ellos.

—Me gusta esta iglesia, dijo Azara luego que él y sus compañeros la hubieron abandonado.

—Sí á fe; su interior es espacioso y de buen gusto; sobre todo el altar de la Virgen es muy bonito.

—Y dígame V. D. Cleto, ¿no hay en la población mas templos que este?

—Solo hay dos capillas públicas denominadas de Nuestra Señora de los Ángeles y de Santa Bárbara, además de otra situada en el ex-convento de Capuchinos que vamos inmediatamente á visitar, pues en él se hallan situados el hospital y la escuela pública.

—Hombre, á propósito; supongo que estará bastante adelantada la cultura intelectual entre los vecinos de Ateca, ya que nada atrasados se hallan en cuanto á la material.

—Así es en efecto, la escuela del Ayuntamiento se ve extraordinariamente concurrida y no lo son menos las particulares para ambos sexos establecidas. Antes habia una cátedra de latinidad cuyo profesor con dos mil reales de asignacion que tenia y los honorarios de los discipulos podia pasar medianamente; pero ya casi en nuestros dias la subvencion oficial se suprimió, y no bastando á cubrir las necesidades del cargo los estipendios de los alumnos, dejó al fin de existir.

Al decir D. Cleto estas palabras llegaban todos junto al edificio que un tiempo sirvió para vivienda de los padrès Capuchinos y que hoy se halla destinado á contener dentro de sí dos hermosas ideas; la caridad y la ilustracion, sintetizadas, segun sabemos, en un hospital para los pobres y una escuela para los ignorantes.

Uno y otra se hallan bien organizados y distribuidos, debiéndose á la buena administracion de aquel por la Junta municipal, el que, sin que sea obstáculo la insignificancia de las rentas de que puede disponer, se halle bastante bien acondicionado y surtido de todo cuanto es mas necesario á un establecimiento de esta clase.

Dados estos antecedentes no es de extrañar que nuestros amigos dejaran el edificio muy satisfechos de lo que habian podido ver y observar.

Una vez ya en la calle, interrogó Sacanell:

—¿Dónde vamos ahora?

—A casa, si Vds. no se oponen, contestó D. Cleto.

—¡Cómo! ¿ya no hay nada mas que ver?

—Ciertamente: ¿Le parece á V. poco aun? pues poblaciones he visto yo de mayor importancia que no tienen tanto ni con mucho.

—En ese caso me avengo á regresar á nuestra habitacion.

—Digo, á no ser que quieran Vds. dar una vuelta por los alrededores de la villa.

—Yo por mí confieso que no tengo mucha gana de hacerlo.

—Ni yo; me he cansado mucho.

—Y yo tambien.

—En ese caso me adhiero á la opinion general.

—Pues no se hable mas de ello; así como así solo porque me pareció que les disgustaba el volver á casa tan pronto lo propuse, pues á decir verdad poca novedad ofrecen las inmediaciones de Ateca para el que viene de Alhama.

—¿Son, pues, semejantes?

—Sí, pero las de la segunda son mejor de mucho; las de Ateca están reducidas á una vega por el estilo de la que posee la romana *Aquæ Bilbilitanæ*, multitud de vides que forman su principal produccion, y unas nueve ermitas esparcidas por todo el término,

de las cuales son las mejores la de San Roque, junto á la cual se halla el cementerio de construccion moderna y bastante bien ventilado, y las de San Blas y San Gregorio; además tambien existen en él varios corrales destinados á contener el ganado.

—Segun eso será este abundante.

—No escasea, sobre todo el lanar, pues de las demás clases hay muy pocas cabezas.

—Y ¿qué otras producciones son peculiares á Ateca?

—En el reino vegetal, vino en bastante cantidad; trigo, cebada, centeno, cáñamo, lino, judías, frutas y hortalizas; en el animal, aparte del ganado, perdices, liebres, pescados en gran número, miel y cera.

—Su industria es lo que no me ha parecido gran cosa, dijo Sacanell.

—Y no lo es, en efecto; aparte de una fábrica de papel y algunos tejedores y armeros solo cuenta con los oficios y artes que son mas indispensables; su comercio, á la verdad tampoco es gran cosa; pues el interior está reducido á las tiendas de los objetos de consumo diario, paños, lienzos, telas y quincalla, y el exterior á la exportacion del sobrante de sus frutos.

—Es extraña esta casi paralización, —observó Castro, —pues he advertido que no carece ni mucho menos de medios de comunicacion.

—Ya lo creo; calcule V. que además del camino de Zaragoza, pasa por la villa la carretera de Navarra á Valencia, y que en aquella empieza otra que se dirige á Soria; esto sin contar varios caminos vecinales, que, si bien tan descuidados como suelen estarlo por lo general en nuestro desgraciado país, no por eso pueden considerarse completamente inservibles. Además en 1842 se concedió la celebracion anual de una feria de tres dias.

—Pues repito que no lo comprendo.

—Es fácil, amigo mio; Ateca se resiente del abandono comun á todas las poblaciones del interior de nuestra península.

—No puede ser mas triste la explicacion.

—Pero cierta por desgracia, Castro.

—Y aun esta villa no es de las peores que hemos visitado.

—Diga V. mas bien que es una de las mejores de su categoría; pero no es sin embargo lo que deberia y podria ser.

—Ya se sabe; cuando en un país la política lo es todo, y nada el interés público, cuanto á este se refiere se halla en el lamentable descuido que en lo que de España hemos podido visitar se observa.

—Y como á la sazón habian llegado á la puerta de la posada en que paraban, suspendióse la conversacion y penetrando en aquella, se dirigieron á su aposento; al poco tiempo de hallarse en él descansando, entró un camarero á anunciarles que la comida estaba servida.

Momentos despues los cinco amigos, segun su costumbre, conversaban y comian.

VII.

Historia de Ateca.

—Siempre es D. Cleto el mas madrugador de nosotros,—exclamó Azara al día siguiente, despertándose y viendo que el infatigable anciano se hallaba ya en pié y hojeando un cuaderno.

—Ciertamente que nos humilla,—contestó Sacanell.

—Lo hace,—observó Castro,—para probarnos que los hombres de su tiempo valian un poco mas que los del nuestro.

—Nada de eso,—respondió el aludido;—la fuerza de la costumbre es solamente la que me hace levantar temprano, como les pasaria á Vds. si no se hubieran acostumbrado á lo contrario.

—En efecto lo que es en Madrid se madruga poco.

—Y en Galicia menos,—observó Azara con malicia, señalando á Pravia que durante toda esta conversacion habia continuado durmiendo.

D. Cleto, Sacanell y Castro no pudieron reprimir una carcajada al ver confirmada la afirmacion del aragonés por un sonoro y prolongado ronquido.

—¿Eh? ¿qué es eso?—exclamó Pravia despertándose sobresaltado.

—Nada, hombre, nada; no te alteres que aun no ha amanecido,—dijo Azara.

—¿De qué se trataba?—interrogó el gallego vistiéndose y haciendo caso omiso de las burlescas palabras de su amigo.

—Decíamos,—prosiguió este,—que es costumbre en tu país levantarse muy de mañana.

—Y teniais razon; lo cual no es un obstáculo para que yo me levante tarde, porque, lo confieso con dolor, soy un hijo degenerado de la hermosa Galicia; de ese país por muchos escarnecido, por pocos estudiado. ¡Oh patria mia!

—¿Vas á entonar un canto épico á Galicia?—observó el incorregible Azara.

—No, iba á hacer votos porque llegara el día en que dejara de ser mirada con tanto apasionamiento é injusticia.

—En eso tiene razon Pravia,—dijo D. Cleto;—Galicia es quizá de las mas pintorescas y fértiles regiones de España; sus hijos laboriosos y honrados, y sin embargo hay muchos desconocedores de aquella y de estos, para quienes la primera es la sintesis de lo feo y de lo prosáico, y el nombre de gallego una especie de insulto.

—Doy á V. las gracias por una y por otros; si todos procedieran con su imparcialidad y buen criterio en este y otros asuntos, mejor estaríamos de lo que estamos.

—No merezco, por cierto, esos elogios, pues en conocer y confesar la razon nada hay de particular, y el mismo Azara, á pesar de su carácter burlon, estoy seguro de que opina de igual modo.

—Ciertamente; con mis palabras he pretendido solo dar expansion á mi buen hu-

mor pero no atacar ni á Galicia, que no he visitado, ni á sus naturales de los cuales solo uno conozco que me merece una gran amistad.

Y al decir estas palabras tendió su mano á Pravia que la estrechó con fuerza.

Despues, aquel, volviéndose hácia D. Cleto, preguntó :

—Hablando de otra cosa. ¿Podrá saberse, si no es demasiada curiosidad, en que se ocupaba V. cuando me he despertado?

—Ya pudo V. verlo : leia.

—Sí ; pero ¿qué?

—Mi cuaderno de apuntaciones ; estaba repasando la parte concerniente á la historia de Ateca.

—Eso quiere decir que podrá V. ilustrarnos sobre ella.

—Al menos les comunicaré los datos que poseo.

—Pues entonces hagamos que nos suban el desayuno á esta habitacion y mientras lo tomamos, podemos verificar nuestra instructiva sesion.

—Como Vds. gusten.

Y dadas al efecto las órdenes oportunas, poco tiempo despues nuestros cinco amigos se desayunaban, y D. Cleto empezaba de nuevo la interrumpida conversacion con estas palabras :

—Ninguna tradicion, ningun monumento, en una palabra, ningun dato, poseemos en virtud del cual nos sea posible determinar el momento preciso, ni aun aproximado de la fundacion de Ateca y solo por el dicho de Ptolomeo sabemos que era de las poblaciones propiamente celtiberas. Conocíanla los romanos con el nombre de *Atlacum*, que como pueden Vds. observar es muy semejante al que tiene hoy dia, y segun consta por una inscripcion salvada á la destructora influencia de los siglos, gozó de los derechos y privilegios inherentes á los *Municipios*.

—Que si mal no recuerdo, observó Castro á la sazón mientras el narrador se detenia para tomar aliento, eran los de gobernarse interiormente por sí mismos y obtener á veces algunos de los derechos de ciudadanía, entre ellos el importante *jus suffragium*.

—Precisamente, amigo mio ; y á fe que si con la extension que de este punto, estuviésemos informados de los sucesos ocurridos posteriormente en Ateca, esta, sus moradores y la historia, nos lo habrian de agradecer en gran manera.

—Eso quiere decir...

—Que ó han ocurrido muy pocos sucesos de nota en la poblacion, ó si muchos han tenido lugar, solo de unos cuantos se conserva memoria.

—Vengan, pues, que al fin y al cabo, mejor es poco que nada.

—El primero de ellos es el paso por la villa en 1073 del célebre Rodrigo Diaz de Vivar, *Cid Campeador*, como le llamaban los sarracenos, cuando desterrado por Alfonso VI, á causa de la valentía con que en el monasterio de Santa Gadea le habia exigido por tres veces el juramento de no tener complicidad alguna con Bellido Dolfos asesino de su hermano Sancho II, emprendió la tarea de crearse con la punta de la espada á costa de la media luna, una patria en reemplazo de la que perdia, y de arrancar preciados florones de las musulmanas sienas para enriquecer con ellos la corona

de su ingrato soberano. Despues de este hecho nada sabemos ya de Ateca hasta 1139, en que, al decir del P. Mariana, mientras el *Emperador* Alfonso VII se hallaba sitiando el famoso castillo de *Aurelia*, hoy Oreja, una hueste de treinta mil hombres formada por las tropas reunidas de Aben-Gania de Valencia y Tachfin de Marruecos, se presentó ante la villa, donde á la sazón se encontraba la emperatriz D.^a Berenguela, y comenzóla á expugnar poniéndola en un grave aprieto; pero ¿qué dirán Vds. que hizo la esposa del monarca castellano en aquel trance?

— ¿Resistirse con desnudo? —dijo Pravia.

—Nada de eso.

—¿Engañar á los enemigos con algun ardid ingenioso? —interrogó Azara.

—Tampoco.

—¿Rendirse? —aventuró Sacanell.

—Mucho menos.

Castro no dijo una palabra, pero su sonrisa indicaba claramente que sabia á qué atenerse sobre aquel punto.

Viendo, pues, D. Cleto que nadie daba explicacion satisfactoria, creyó que debía aclarar ya el enigma y prosiguió diciendo:

—Lo que hizo D.^a Berenguela fue enviar un mensaje á los sitiadores, exponiéndoles lo vergonzoso que era para unos tan valientes guerreros luchar contra una mujer pudiendo hacerlo con el mismo Alfonso, con lo que dejóles tan corridos, pues tal era el espíritu caballeresco de la época, que la ofrecieron retirarse siempre que accediera á dejarse ver desde los muros para que pudieran saludarla antes de marcharse, como en efecto se verificó. ¿Qué dice V. á esto, Castro?—interrogó al terminar la narracion viendo que el andaluz no dejaba de sonreirse.

—Que me perdone el venerable Mariana,—repuso este,—pero no puedo estar conforme, sino con el hecho que tengo por cierto, mas no con el lugar en que lo coloca. Y la razon es óbvia; Oreja se halla á unas ocho leguas de Toledo, y por lo tanto á muy considerable distancia de Ateca, así es que considero altamente inverosímil que unas tropas enviadas al objeto de socorrer á los sitiados por Alfonso, dieran un rodeo de tanta consideracion y tan poca utilidad; además de que segun consta por una antigua crónica á la que siguen Lafuente y otros historiadores de nota, fue en la misma capital del reino godo residencia mucho mas á propósito para una emperatriz, donde tuvo lugar el hecho referido, á consecuencia del cual, cuando los de Oreja hubieron de entregarse, fueron tratados con gran benevolencia y aun agasajo, por el Monarca que les permitió retirarse libremente á Calatrava. Además recuerde V. D. Cleto que algo sobre esto nos dijo al visitar las provincias de Guadalajara y Cuenca.

—Chico, que buena memoria has hechado—exclamó Azara al terminar Castro su razonamiento.

—Verdaderamente que ante argumentos tales no hay mas remedio que bajar la cabeza y confesarse vencido, y así lo hago con gusto por lo que á mí toca, pero sintiéndolo por la pobre Ateca que de los pocos hechos notables que en su historia cuenta, pierde el que quizá lo era mas.

— Tiene V. razon, yo he hablado ya de eso y por demás me consta que el hecho en cuestion se refiere á Toledo, mas queria ver si Vds. se acordaban de lo que sobre el particular aun cuando incidentalmente les dije. Despues de esto solo dos acontecimientos referentes á esta villa puedo citar á Vds. de la Edad media, á saber: la celebracion en 1334 de una entrevista de Alfonso XI de Castilla con su hermana D.^a Leonor, esposa de Alfonso IV de Aragon llamado el *Benigno*, al objeto sin duda, de adoptar las disposiciones necesarias para contener los progresos que el partido de D. Pedro, hijo primogénito del aragonés y de su primera mujer, á quien aquella odiaba de muerte, iba haciendo, y la conquista de la villa por D. Pedro el Cruel, hijo de Alfonso XI, en una de sus varias incursiones contra el Aragon, ocurrida en 1362.

— ¿Y en la Edad moderna, no hay suceso alguno que ilustre la historia de Ateca?

— Solo tres conozco; dos del tiempo de la guerra de la Independencia y el tercero de la guerra civil, consistiendo aquellos, uno en la reunion verificada en este punto por las fuerzas al mando de D. José Duran y el célebre *Empecinado*, de orden del general Blaque, en 1810; y el otro, en el triunfo conseguido dos años despues por el general Villacampa, venido á la sazón de Murcia, sobre los franceses Launetier y Palombini. El último hecho, en fin, no puede ser mas lastimoso, y se refiere á la sorpresa verificada á mediados de diciembre de 1835 por Cabrera y Quilez, de unos setecientos hombres pertenecientes al bando isabelino, que en la poblacion se hallaban, y de los cuales fueron degollados los mas y dispersados los restantes. Hé aquí cuanto sobre Ateca puedo decirles á Vds.

Y tras estas palabras la conversacion giró sobre varios asuntos de ningun interés para nosotros. El dia se empleó parte en descansar y parte en pasear por la poblacion sin adquirir noticia alguna que ya no sepan nuestros lectores, retirándose en consecuencia los cinco amigos á su habitacion llegada la noche, con ánimo de partir al siguiente dia en direccion á Calatayud.

VIII.

Calatayud.—Su situacion.—Idea general de la poblacion, y de su término.

Conforme lo tenian determinado partieron al otro dia en direccion á aquel punto donde, llevados por el poderoso medio de locomocion llamado ferrocarril, no tardaron en llegar.

Calatayud, ciudad con Ayuntamiento, de la provincia, audiencia territorial y capitanía general de Zaragoza, cabeza del partido judicial de su nombre y perteneciente á la diócesis de Tarazona, se halla situada en la orilla izquierda del Jalon, en sitio próximo al de la confluencia de este rio y el Jiloca, y los cerros y colinas que la rodean como su extensa y hermosa vega, contribuyen á darla un aspecto por demás pintoresco y á hacer su clima templado y agradable.

Compónese la poblacion de mil y pico de casas de buena fábrica por lo general y con bastantes comodidades, en las que se albergan unas siete mil almas; está di-

vidida en dos partes, tituladas alta y baja, de la primera de las cuales hablaremos á su debido tiempo. La segunda tiene mas de sesenta calles y casi la mitad de plazas y plazuelas, y en una de ellas, tal vez la mejor, está situado el mercado.

Entre sus edificios que mas adelante describirémos, se cuentan dos colegiatas tituladas de Santa María y del Santo Sepulcro, buen número de parroquias, un palacio episcopal, un hospicio, varios conventos, dos hospitales y algunos otros. Para recreo de sus habitantes hay un teatro, una plaza de toros y diversos paseos, entre los que merece mencionarse el que situado en la parte S. E. y empezando en las mismas puertas de la ciudad se dilata como á unos tres cuartos de legua, en el cual hay un hermoso parque al que prestan gran amenidad frondosos olmos, álamos y otras variedades de árboles y plantas. Próximas á él se encuentran dos fondas bastante bien servidas y algunas posadas; los demás paseos tambien en su generalidad ofrecen bellos puntos de vista y pintorescos paisajes, pero á la naturaleza y no á la mano del hombre se lo deben.

Tambien para comodidad de los vecinos existe, en las afueras de la puerta de Alcántara y en las inmediaciones del puente de su nombre, una fuente titulada de los *Once caños*, aunque hoy dia solo tiene diez de bronce, y el agua que por ellos sale, traída por un acueducto de piedra de sillería desde una colina distante unos tres cuartos de legua de la poblacion, viene á caer en un recipiente igualmente de piedra y de forma rectangular, al que los árboles de que está rodeado, no solo le proporcionan sombra sino que le prestan gran atractivo. Hay en ella una inscripcion latina casi borrada de la que solo son legibles las siguientes palabras: *venite et bibite, anno 15...*; otras dos fuentes hay llamadas de Mirabella y de los Nudos, cuya antigüedad es grande, toda vez que el romano Marcial habla ya de ellas en sus *Epigramas*.

El término de Calatayud está limitado al N. por los de Torralba y Embid de la Ribera; al E. por los de Almendrilla, Sediles y Villalba; al S. por el de Paracuellos, y al O. por los de Terrer, Cervera y Ateca; su extension es de unos doce ó trece kilómetros de N. á S. y de diez y seis á diez y ocho de E. á O., y dentro de él, aparte de varias ermitas y santuarios de que trataremos con posterioridad, hay dos barriadas que se conocen con las denominaciones de la Huermeda y Torres, y distantes ambas como una legua de la poblacion, pero situadas la primera al N. E. y mas al E. la segunda; así una como otra, tienen su correspondiente iglesia, dependientes respectivamente de las parroquias de San Pedro y de San Juan. A una media hora de la poblacion al N. y N. O., se hallan dos cementerios de buenas condiciones, y por todas partes multitud de fuentes que surten de agua la ciudad y fertilizan sus campos en union de los rios Jalon, Jiloca, Ribotá ó mas propiamente Clares y el Miedes ó Brejil; el primero de los cuales está atravesado por tres puentes; el de Algar, á una media legua de la poblacion por la parte superior; el de la Fuente, frente á aquella, y el de San Lázaro en la parte inferior y á solos quinientos pasos; todos estos rios dan movimiento á varios molinos harineros, un batan y fábricas de curtidos, jabon duro, aguardiente y papel de estraza.

Igualmente pueden verse en el término diversos barrancos, entre ellos el de Ar-

mantes, junto al cual hay un dique de sólida construcción destinado á contener sus avenidas que de otro modo, pondría en peligro á la ciudad; este barranco toma un poco mas abajo el nombre de el Salto porque se precipita perpendicularmente desde una regular altura, y en sus inmediaciones existen algunos manantiales de aguas ferruginosas, que contienen magnesia y son muy buenas en baños y bebidas, para ciertas enfermedades: su temperatura es invariablemente de catorce grados del termómetro Reamur.

El terreno que en parte es de regadío, en parte de secano, y erial ó de pastos el restante, es bastante fértil y produce principalmente trigo, cáñamo y vino, además de avena, cebada, centeno, judías, y bastantes frutas y hortalizas; los pastos mantienen algun ganado lanar, cabrío y vacuno; en los bosques se encuentran conejos y liebres, codornices y perdices, y finalmente no faltan en los rios anguilas, barbos, y en el Jiloca, algunas exquisitas truchas.

Los montes que posee el término de Calatayud están formados casi en su totalidad por los terrenos secanos no cultivados, excepto algunos de dominio particular; de los que no lo son, hay una parte que ni aun sirven para pastos, pues los que producen son escasos y de no muy buena calidad; pero otra es muy á propósito para la propagacion de varios géneros de arbolado y plantas, no obstante lo cual solo hay cultivo en la falda de la sierra de Vicor; así pues, todos los montes están desprovistos de bosques, lo que se debe en parte al gasto de combustible, y los que proporcionan la caza se hallan situados en las márgenes de los rios que ya hemos nombrado, conservándose merced al celo de los poseedores de fincas bien de recreo, ó de labranza en las márgenes de aquellos, toda vez que sirven de defensa á sus propiedades.

Proporcionan alimento al ganado una extensa dehesa abundante en varias especies de plantas, y un prado natural y erial, denominado Pradejon, que mas especialmente se destina para la sustentacion de las reses vacunas. El no bastar una ni otro á subvenir á las necesidades de la poblacion agrícola, ha precisado el establecimiento de prados artificiales de alfalfa y zanahoria de los que el de la segunda, es mas extenso y de mejores resultados.

Cruza como sabemos el término de Calatayud la línea de ferrocarril que de Madrid se dirige á Zaragoza; pero además hay una carretera en la misma direccion y varios caminos transversales y locales, unos y otros muy descuidados y en pésimo estado.

Esto influye como no puede menos de suceder, en la industria, á la que no bastan las grandes y extensas vías, sino que necesita tambien de las pequeñas para su desarrollo; así es que, merced á la circunstancia antes citada y al descuido é incuria no tanto de las autoridades como de los mismos particulares, aquella se halla limitada en Calatayud, á la agrícola y las fábricas que mas arriba hemos mencionado en el campo; y á las que las necesidades de la poblacion, absolutamente exigen, en el casco de esta, habiendo muerto por completo las antiguas ferreterías que tan buenos productos proporcionaban, gracias al fino temple que las aguas del Jalon daban á los instrumentos cortantes. Tambien carece enteramente la ciudad de fábricas para elaborar el lino y cáñamo, fábricas que tan grande utilidad podrian reportar y producir artículos de tan buena calidad, dada la excelente de las materias primeras.

Como la poblacion no es escasa, el comercio interior es bastante animado y puede decirse que hay mercado todos los dias con bastante concurrencia asi de productores como de consumidores; siendo no menos numerosa la que asiste á la feria anual que celebra la poblacion y que dura tres dias.

El comercio exterior, por el contrario, se reduce á la exportacion del sobrante de cáñamo, vino, frutas y algunos otros productos, y á la importacion de aquellos que exigiéndolos la necesidad ó la comodidad de los vecinos, no los produce el país.

IX.

Edificios notables de Calatayud.—Instruccion pública.—La ciudad alta.—Ruinas árabes.

—Con que, amigo D. Cleto, ¿cuándo comenzamos nuestra excursion por la ciudad, que á juzgar por las apariencias tiene no poco que ver?

Esta pregunta se hacia por el andaluz Castro á el avellanado Mentor de nuestros cuatro Telémacos que, sino en busca de su padre, iban en la de esa segunda madre que se llama *Instruccion*, y que á la sazón se hallaban en una de las dos fondas de que en otro lugar dejamos hecho mérito.

—Por mi parte ya saben Vds. que siempre estoy á su disposicion; por lo tanto no es á mí á quien debe dirigir esa pregunta sino á sus compañeros, — contestó el interpelado.

—Y nosotros á nuestra vez, dejamos enteramente á su arbitrio la fijacion del plan que crea mas conducente á nuestro propósito, con la plena seguridad de que será el mejor que podamos seguir.

—Esa confianza me honra y procuraré corresponder á ella.

—Para empezar á hacerlo, —insistió Castro, díganos V. desde luego en que vamos á emplear el dia.

—Como ya es un poco tarde, si no quieren Vds. perder por completo la mañana, nos marcharemos en seguida y visitaremos algunos de los mas notables edificios, dejando para otro dia las colegiats é iglesias que son numerosas y algunas exigen gran detenimiento; volveremos á comer y emplearemos la tarde en pasear por los alrededores de la poblacion y examinar los restos de fortificaciones árabes que en las colinas inmediatas se conservan.

—Pues empecemos por lo primero, —dijo Sacanell tomando el sombrero y haciendo los demás preparativos propios del que va á salir á la calle.

Imitáronle sus amigos y unos y otros salian á poco de la fonda y empezaban á recorrer guiados por D. Cleto, las calles de la ciudad.

Uno de los edificios que con mas detenimiento visitaron, fue el antiguo seminario de nobles de la Compañía de Jesús, situado en la plaza de San Juan, y que entre los diversos usos á que está hoy destinado, cuenta los de hospital en el que bajo el título de la Misericordia, se han refundido los dos que con este título y el de los Lunas, existieron en otro tiempo, hospicio y casa de expositos.

Se sube á las habitaciones por una hermosa escalera de dos ramales y la parte destinada á hospital, posee, además de varias salas cuya capacidad permite la cómoda colocacion de camas para un buen número de enfermos, una capilla denominada de San Clemente, y que si no de mucha extension, es bastante bonita y está hermoseedada con cuadros y pinturas de no escaso mérito.

Las buenas condiciones del local, lo surtido de la botica que posee, y el extremado celo de la Junta de beneficencia, hacen que sea este hospital el mejor montado de la poblacion, y que en él encuentren los enfermos un esmerado trato, y una solicitud digna de todo elogio.

Otra parte del edificio ha recibido, como ya hemos dicho, el no menos humanitario destino de Hospicio y Casa de expósitos, gozando al igual de la primera, de las mismas condiciones de capacidad y comodidad para los acogidos que en ella se albergan; de los que unos son realmente expósitos, otros huérfanos y de familias que por pobreza ó imposibilidad física no pueden darles manutencion alguna. Su número es bastante crecido y además del alimento se les proporciona la enseñanza de varios oficios, cuyos productos, está destinado para subvenir á las necesidades del establecimiento.

Al abandonar el edificio, cuya inspeccion dejó muy satisfechos á nuestros amigos, dijo Sacanell:

—La vista de tanto muchacho dedicándose al trabajo, al par que me ha entristecido considerando la triste suerte de esos infelices abandonados por sus padres ó voluntariamente ó en fuerza de la necesidad, me ha causado alegría recordándome las fábricas y talleres de mi industriosa patria.

—Verdaderamente que prestan grandes servicios esos establecimientos en que no solo se ampara al desvalido, sino que se le da una educacion mas ó menos acabada, pero siempre provechosa al que la recibe.

—Y á propósito de educacion, —interrogó Castro—¿sabe V., D. Cleto, en qué estado se encuentra la enseñanza en Calatayud?

—Bastante adelantada; hay un instituto de segunda enseñanza en el que no escasean los alumnos, y no pocos colegios de instruccion primaria, elemental y superior, para ambos sexos, que se ven bastante concurridos. Debo advertir á V. y lo hago igualmente para en adelante, que al decir refiriéndome á esta ó aquella poblacion que se halla bien en cuanto á enseñanza, ha de entenderse relativamente, pues sobrado saben Vds. por desgracia, las pocas que existen en España de las que pueda decirse en absoluto que están adelantadas en tan interesante punto.

—Triste es pero cierta y justa la observacion, —dijo Pravia.

Y continuaron departiendo sobre este y varios otros temas hasta que un nuevo edificio distrajo su atencion y sus miradas.

Era la Casa consistorial.

Este edificio, situado en la plaza del Mercado, y construido en 1842, en el mismo sitio que ocupó el antiguo, derribado á causa de su estado ruinoso, es tambien de belleza notable y gran capacidad. En su fachada, de bastante buen gusto, se ostenta un

PIO IX.

Historia documentada de su vida y de los veinte y cinco primeros años de su glorioso pontificado, con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales de la época, relacionados con el catolicismo, y un examen detenido de las tres situaciones del mundo, correspondientes al nacimiento de este gran Pontífice, á su elevación á la Sede romana y á la invasión de la capital de la cristiandad.—Obra escrita por los reverendos D. Eduardo María Vilarrasa, cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de nuestra Señora en Barcelona, y D. Emilio Moreno Cebada, doctor en sagrada teología: ambos examinadores sinodales de varias diócesis, y autores de algunas obras religiosas y científicas.—Espléndida edición ilustrada con preciosas láminas grabadas sobre boj, representando los asuntos tratados en la obra.

Consta de dos rebultados tomos en 4.º mayor, con 26 láminas, á 100 rs. en rústica y 120 en relieve. A los señores que no les convenga adquirir la obra de una sola vez, se les proporcionará por entregas, dejando á su voluntad las que gusten tomar semanalmente hasta que posean las 96 en que está dividida, siéndoles servidas con la puntualidad que tiene acreditada esta casa editorial, y cuyo precio es de UN REAL cada entrega de 16 páginas.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA.

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso por D. Rafael del Castillo.

Van publicadas 21 entregas á 5 rs. una; facultando asimismo á los señores que gusten suscribirse para adquirir las entregas á su comodidad.—Se reparte por ahora una mensual.

El remordimiento, ó la fuerza de la conciencia.

novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Esta obra se publicará en dos tomos de regulares dimensiones en 4.º, al precio de medio real la entrega de ocho páginas en toda España, y a tornada con veinte preciosas láminas en boj, representando los principales asuntos de la obra, las que serán regaladas á nuestros suscritores en el decurso de la publicación.—Salen cuatro entregas semanales.

Puntos de suscripcion y venta.

En Barcelona en casa de su Editor, el Heredero de D. Pablo Riera, calle de Robador, número 24 y 26, librería, y en todas las demás, y centros de suscripcion.

Fuera de Barcelona en casa de todos los Corresponsales de esta casa, atendiéndose igualmente las que avise cualquier otro particular aunque no sea corresponsal, mientras ofrezca garantía. Los señores suscritores que deseen entenderse directamente con esta casa, pueden enviar el importe del número de entregas que gusten en *Sellos de franqueo, Libranzas del Giro mútuo*, ú otro medio, y les serán remitidas con toda puntualidad.